

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
C 1.25 cada semana.

Nº.
835

SANTORAL

- Dom. 19 **V después de Pentecostés.** Santa Juliana de Falconieri y los mártires. Gervasio y Protasio.
- Lun. 20 San Silverio papa, Macario obispo, Pablo y Ciriaco mártires.
- Mart. 21 San Luis Gonzaga, Terencio y Martín obispos y Demetria virgen.
- Miérc. 22 San Paulino obispo, Albano y Flavio mártires.
- Juev. 23 Santos Zenón, Agripina y Juan mártires.
- Viern. 24 San Juan Bautista y los mártires Fausto, Fermín y Ciriaco.

- Sáb. 25 San Guillermo, Lucía y Galicano mártires y Próspero obispo.

CUARTO MENGUANTE a las 3,16 p m.

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 25, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 20 de que es Celadora Doña Angelina G. de Carazo. —María Santísima es: «Arbol de vida nunca bastante ponderado; estrella refulgente de la mañana, que alegra al mundo».

(Misal ant. de Cluny)

Domingo V después de Pentecostés

Evangelio según San Mateo—Cap. V, vs. 20-24

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Si vuestra justicia no es más llena y más perfecta que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No matarás; y quien matare, será condenado a muerte en juicio. Yo os digo más quien quiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene. Y el que le llamare RACA, merecerá que le condene el concilio. Mas quien le llamare fatuo, será reo del fuego del infierno. Por tanto, si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, depón allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda.

Aplicación moral

Los Escribas, o Legisperitos, o Doctores de la Ley, eran entre los Judíos los hombres dedicados al estudio de la Ley de Moisés. Y como la Ley era toda la ciencia de los Israelitas, de aquí que Escriba prácticamente era lo mismo que hombre de estudio o de ciencia. De ahí también la variedad de profesiones que abrazaban los Escribas: eran Teólogos, Juristas, Abogados, lo mismo que Literatos, Maestros de escuela o Médicos. En los últimos tiempos, después de la restauración Macabaica, se habían alzado los Escribas con la hegemonía intelectual y aún religiosa de Israel. Dejando a los sacerdotes el templo con sus sacrificios y demás ritos, ellos habían creado las sinagogas, extendidas por toda Palestina y aun por todo el mundo judío, en las cuales dominaban completamente.

Los Fariseos eran el partido de la ortodoxia más rígida y de la nacionalidad más exclusiva. Al contrario de los Saduceos, heterodoxos y casi paganos en la doctrina, complacientes hasta el servilismo con los extranjeros, eran los Fariseos íntegros e intachables en la doctrina, tanto que pudo el Salvador, en general a lo menos, recomendarla y aprobarla; y su amor a Israel y a la tierra que el Señor los había dado los llevaba con tanta vehemencia a desear y procurar la independencia na-

cional, que no perdonaban a medio o sacrificio en razón de alcanzarla; y entre tanto alimentaban en su corazón un odio reconcentrado e irreconciliable contra los Romanos y aun contra el mismo Herodes.

De lo dicho se ve que, aunque distintos, coincidían en muchos puntos Escribas y Fariseos: La Ley de los unos y la ortodoxia de los otros, sobre todo en oposición con los Saduceos, fácilmente se aliaron y casi compenetraron. Los que por su profesión eran Escribas, se alistaban generalmente en el partido de los Fariseos; y, viceversa, la mayor parte de los Fariseos se dedicaban al estudio de la Ley. Con esta fusión se pegaron mutuamente los defectos morales, que no solamente mancillaban su vida, sino que llegaron a depravar y corromper la noción misma de la justicia. Es interesante conocer esta falsa justicia de los Escribas y Fariseos, así para comprender los anatemas que más tarde lanzó sobre ellos el Salvador, como para entender la justicia que exige de nosotros el reino de los cielos.

Dos eran los principales defectos que afeaban la vida moral de los Escribas y Fariseos: la legalidad mecánica y la hipocresía.

La Ley era para Escribas y Fariseos el único principio de moralidad. Menos mal si se tratase de

la Ley santa de Dios racionalmente interpretada. Mas para ellos la Ley era su propia interpretación minuciosa y escrupulosa, acrecentada con la tradición de los Rabinos, sus maestros. Y aquel cumplía la Ley, y era por tanto justo, que ajustaba materialmente sus acciones a sus prescripciones. De ahí un concepto material, mecánico y legalista de la justicia en aquellos maestros de Israel: sin contar las aberraciones inhumanas o ridículas a que los llevó con tanta frecuencia su método casuista. La justicia estaba toda entera en la obra externa: el corazón nada tenía que ver con ella.

Este defecto llevó, naturalmente, a la hipocresía: la justicia de los Escribas y Fariseos, era además de mecánica, fingida.

COMUNISMO

I

La sociedad, que comenzó en el paraíso terrenal con Adán y Eva, progenitores del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es el producto de una ley natural ineludible. Opuesto y contrario es, por lo tanto, a la razón, achacar a la sociedad la causa del comunismo contemporáneo, que, en todas partes, yergue su altiva cabeza, derrumbando los gobiernos legítimamente constituidos y amenazando la paz del mundo.

Si meditamos el gran mal que nos amenaza de muerte a la luz de la historia misma, de las cuatro últimas centurias, observaremos con claridad, que la causa principal, primordial de la situación trágica que atravesamos, está en el hombre, maleado, corrompido, impío, que, siguiendo el ejemplo de Satanás repite sus mismas palabras de siglo en siglo, de generación en generación: *No te serviré.*

Eso es el origen de todas las rebeliones y convulsiones que a través de los siglos producen esos dramas sangrientos, que periódicamente registra la historia en sus páginas doradas.

Todo se ha querido sujetar al despótico imperio de la razón, hollando la razón misma, que es destello de la inteligencia soberana del Altísimo. Reservado estaba a la raza anglosajona y a la nación alemana repetir el eco siniestro de la rebelión de Luzbel en el cielo. Lutero fue el hombre escogido por el gran enemigo del hombre, quien lanzó a los cuatro vientos cardinales la antigua y nueva protesta del hombre perverso contra su Dios y Señor. Ahí la tenéis en el campo dilatado de la historia, la Protesta, la Reforma protestante, que inculcó en las masas sociales la inyección intravenosa del virus ponzoñoso de la revolución en nombre del libre examen, de la libertad de conciencia, de pensamiento y de la razón, que declara la guerra a Dios, para hacerse dios y arrojarle de su propio trono.

Repercuta con orrisono estampido el grito luterano en la Comuna de París, que tantos desastres produjo allí y en el mundo entero. Al amparo de aquellas monstruosidades incalificables, en medio de aquellas locuras y aberraciones de la mente humana, surgió el altar donde se incensó la *diosa razón.*

Ahí la tenéis, proclamada *diosa*, subiendo sobre el mismo trono de la Divinidad y pretendiendo asemejarse al Altísimo.

Esa es la causa original del mal, que no se soluciona, ni puede solucionarse con medidas sociales, verdaderos paliativos, paños calientes, remedios empíricos, que no atacan la enfermedad en su principio, en su origen.

Mientras no atendamos caritativamente al hombre enfermo, mientras en el Jericó de la vida no nos convirtamos todos en virtuosos samaritanos para curar las llagas cancerosas del hombre tendido en el suelo, mientras la caridad de Cristo no informe y transforme los sentimientos egoístas de nuestra alma, mientras el corazón del rico no reconozca que él no es propietario absoluto de sus bienes, sino solamente administrador de los mismos para el

bien de sus hermanos hambrientos, mientras, en fin no apliquemos este bálsamo divino de la caridad dulce y bienhechora, que en todas las circunstancias es sufrida, sin envidias, sin ambiciones, sin injusticias y que a todo se acomoda, esperándolo todo y soportándolo en cumplimiento de la voluntad de Dios, no llegaremos a una solución pacífica en los grandes y terribles trastornos que atacan los cimientos de la sociedad.

El veneno inoculado en la sociedad por el espíritu racionalista de la Reforma protestante, que tiene carta de naturaleza en hispanoamérica con pretensiones de elemento civilizador, con misión secreta, pero contumaz y decisiva del imperialismo norteamericano, invade también las regiones todas de América y las repúblicas florecientes del nuevo mundo, se resienten en sus cimientos, minados por doctrinas subversivas y empiezan a caer en el abismo del descrédito los gobiernos mismos, elegidos por el pueblo y para el pueblo.

No podía ser de otra manera. «Las mismas causas, producen siempre los mismos efectos». A ciencia y paciencia de los mismos gobernantes, el hombre enemigo, que, en este caso concreto, es el Protestantismo, sembró la cizaña, la discordia, la desconfianza, la duda, la indiferencia religiosa, en fin, todo el cúmulo de vientos desfavorables, que nos ocasionan las violencias, los trastornos, las revoluciones y tempestades políticas y sociales, que la prensa diaria consigna en sus páginas.

Dios tenga misericordia y compasión de nosotros. Que nuestros gobernantes, gobiernen justamente en nombre de Dios y encaucen la administración por la senda de la justicia, mejorando por todos los medios posibles la triste y dolorosa penuria que reina en la sociedad hambrienta. Que aprendan en las grandes lecciones de la historia, en los acontecimientos actuales y mundiales.

Y ahora, gobernantes y Reyes, entended...

R. P. C.

Y AHORA ENTENDED, GOBERNANTES....!

Tres espantosos crímenes han sacudido violentamente a la sociedad en pocos días y la han llenado de terror e indignación: el secuestro y tenebrosa muerte del niño Lindbergh, y los asesinatos del Presidente de Francia, Paul Doumer, y del Primer Ministro del Japón, Tsuyoshi Inukai.

Muestras de condolencia y de reprobación por tan incalificables crímenes han dado los gobiernos de todas las naciones, así como también el sentimiento general de ellas; la prensa ha condenado en los términos más enérgicos esos brutales actos del salvajismo social. Pero notamos que, mientras no encuentran palabras suficientes para estigmatizar, como se merecen, estos actos de barbarie, y piden todo el rigor de la justicia contra esos criminales que alevosamente privan de la vida a seres humanos y sacuden hasta en sus cimientos las bases mismas de la sociedad, no tienen ni una sola palabra de reprobación para todos esos principios denominados modernos, sin Dios y sin religión que, relegando al olvido la moral cristiana y aun las verdades del orden natural, proclaman en sociedad y en política esas ideas, esas máximas que engendran el anarquismo, mano negra que escribe los destinos siniestros de las modernas Babilonias y traza con sangre de sus primeras figuras sociales en la historia contemporánea el «Mane, Thecel, Phares» de tanto y tan odiado Baltasar. En una palabra, condenan el crimen, pero no condenan la causa de él.

No se justifica, pero se explica

Desde que en elevadas regiones y en los códigos de derecho moderno se ha consagrado como axioma «La fuerza es el derecho», desde que han

sido concedidas a los pueblos esas libertades de pensar, de escribir, etc., que sapientísimos Pontífices han condenado calificándolas de delirio y de libertades de perdición, el anarquismo no se justifica, pero, sí, se explica perfectamente. Porque quien cree lícito pensar y hablar lo que quiera, es natural que crea puede hacer lo que le acomode, pues fácilmente se pasa de las teorías a los hechos, de la perversión de los principios a la subversión del orden en concreto. Por esto la Teología, que es la mejor de las sociologías, está muy lejos de establecer la impunidad de las ideas, y la razón es obvia. Obrando el hombre según entiende y siendo la idea la matriz y como el molde de la obra, dicho se está en quien piensa mal, obra mal, y es imposible ser bueno cuando se vicia voluntariamente el entendimiento. La razón es guía de la voluntad y como su paje de hacha; luego, pervertida la razón por el error, se pervertirá también la voluntad.

Oportuno recuerdo

Así lo comprendió Aialbent, defensor del Anarquista Vaillant, cuando ante el jurado de París reconoció la culpabilidad de su defendido según los principios de la antigua sociedad y, después de analizar los de la moderna, concluye pidiendo en su virtud su absolución de este modo: «Ahora bien, señores jurados ¿qué ha hecho Vaillant? Su caso es muy sencillo, Vaillant ha creído en la doctrina de la Revolución. Al ver los favores que ella goza y las recompensas con que se la estimula, ha creído que esta doctrina es la verdadera. Ha creído que no hay Dios; ha creído que el hombre es el maestro de sí mismo; ha creído que no hay bien ni mal en sus pensamientos y deseos. Después, naturalmente, ha llegado por la pendiente irresistible de la lógica hasta decirse: Puesto que ningún pensamiento es culpable y merecedor de castigo, ninguna acción puede ser culpable y digna de castigo. Porque la libertad de pensamiento arrastra fatalmente la del acto, puesto que el acto no es sino la prolongación, el fruto, el fin del pensamiento. Si el hombre piensa, piensa para obrar.... Vaillant pensaba que la sociedad actual está mal equilibrada, y tenía el derecho a pensar así y, por tanto, tenía derecho también para realizar su pensamiento y arrojar las bombas. ¿Podéis, pues, condenar a mi cliente? No señores, no podréis hacerlo. Mi cliente no ha hecho otra cosa que sacar con la lógica más implacable, las consecuencias prácticas que vosotros le habéis enseñado.... En caso de que Vaillant sea condenado, tenéis, señor Procurador, un deber que cumplir, un deber imperioso, un deber ineludible, cual es el de hacer sentar sobre este banco de los acusados a toda la gente oficial que nos gobierna y nos engaña: ministros diputados, profesores... Si Vaillant es culpable, lo son mucho más aquellos que han enseñado a Vaillant las doctrinas, cuyas consecuencias no ha hecho él más que sacar. La justicia debe ser igual para todos; y si esos señores van a continuar viviendo tranquilamente de sus rentas y de todos los Panamá más grandes y pequeños, en nombre de la justicia elemental, en nombre de la igualdad, en nombre del simple buen sentido, yo vengo a pedir la absolución de Vaillant»...

Ante los crímenes que han motivado estas líneas, como ante el crimen de Vaillant, exclaman llenos de indignación y de pavor los hombres públicos y escritores de naciones civilizadas: ¡Guerra al anarquismo! ¡Guerra a los enemigos de la sociedad y del orden...! y con quitarles la vida creen concluida su obra y asegurada la vida social.

Funesto error

Atender al efecto y olvidar la causa es la mayor de las insensateces y la más grande de las locuras. Cortar las ramas, dejando que el tronco

adquiera nuevo vigor y nueva savia, es el colmo de la irreflexión e inconsecuencia. Mientras se permita la blasfemia contra Dios y su santa Religión en periódicos y cátedras, plazas o tribunas, no habrá autoridad que esté a cubierto de atropellos y atentados. Mientras impunemente se haga la apotheosis del crimen y de la Revolución, no faltarán desesperados que elijan, entre morir a manos propias, morir a manos del verdugo después de haber satisfecho y desahogado su odio contra la sociedad y contra los que la representan.

No basta, pues, matar; no basta que expie en un patíbulo su delito el criminal. Porque, aparte de que no vale igual la vida de un criminal monstruoso que la de un hombre consagrado al servicio de su patria e investido dentro de ella con la altísima y respetabilísima magistratura, los criminales que la ley haga subir al cadalso, lejos de servir de escarmiento a los enemigos del orden, serán otros tantos mártires a los que sus compañeros de ideas elevarán en las tenebrosidades de sus conciencias el altar de su admiración y entusiasmo. Es necesario, pues, más que acabar con los afiliados al anarquismo, acabar con las ideas que lo informan.

Contrarrevolución cristiana

Urge desinfectar la atmosfera anarquista que se respira, castigando quizá con más rigor que a los autores materiales del crimen, a los que en el libro, en la tribuna, en el periódico o en la cátedra propagan y defienden, so pretexto de sistema científico o de progreso, principios resueltamente antirreligiosos y antisociales. Urge operar en la sociedad una contrarrevolución cristiana. Si los gobiernos y los Estados quieren que el pueblo respete a la sociedad, enséñele primero a respetar a Dios; y si quieren que deponga sus sanguinarios instintos, instrúyanle religiosamente. Porque ¿cómo se quiere que quien no cree en Dios, crea en el orden moral? ¿Cómo se quiere que sin la idea de los destinos futuros de los hombres en la otra vida, tenga apoyo la religión, fuerza la ley, fundamento la propiedad, paz la familia, y la autoridad influencia, poderío y dominio sobre los individuos?

Vuelvan sus ojos a Dios

las naciones, los gobernantes y gobernados; aúnen sus esfuerzos y pongan decididamente manos a la obra benéfica de salvar a la sociedad los que rigen sus destinos, porque la ola de anarquismo avanza y no tardará en arrastrar en su violento empuje los tronos mejor cimentados que aun quedan, y las más fuertes instituciones. Reconozcan a Jesucristo por Rey, si quieren evitar la destrucción.

De lo contrario, no merecerán lástima los Estados y gobernantes modernos al verse amenazados por la lesa anarquía; pues son esclavos de su propia culpa. Ni podrán tampoco los pueblos, horrorizados por los brutales crímenes, verter lágrimas amargas sobre el ensangrentado cadáver de un rey o de un presidente o de funcionarios públicos, sino más bien, parafraseando la frase de la varonil Axia a su hijo Boabdil, podrán decir: «Llorad como mujeres los que no habéis querido pensar y obrar siquiera como hombres de recta razón en el gobierno de los pueblos».

De Revista Católica



- El reloj de las pasiones nunca marca bien la hora.
- No son precisamente las pasiones las fuertes, sino los hombres los débiles.
- Los objetos de las pasiones son quimeras; cuando se quieren echar mano de ellos se desvanecen.

Al Sagrado Corazón



Herísteme, Señor: de amor el dardo
entró en mi pecho y le rasgó potente;
y brota ya de la incurable herida
de fuego abrasador ancho torrente...

Herísteme: y al golpe irresistible
en un punto perdí cuanto tenía:
amigos, y parientes, y fortuna,
y del paterno techo la alegría,

Herísteme: y me ataste con cadenas
que el mundo entero a quebrantar no alcanza;
herísteme, Señor, y me arrancaste,
último humano bien, aun la esperanza...

Herísteme con hierro tan agudo,
que a dividir el alma penetraste;
y cogiendo con mano poderosa
mi propia voluntad, te la llevaste.

Págame, pues: mi corazón herido
de quien le hirió la curación reclama:
págame, dulce Amor; pábulo dame
para esta que prendiste voraz llama...

Mas ¡ay! que Tú también herido fuiste;
tu Corazón llagué, yo no lo niego:
también Tú me reclamas, y me muestras
herida, espinas, cruz y ardiente fuego...

Triunfa otra vez: tus ansias y mis ansias
satisfechas serán: lo son hoy mismo...
¡Oh Corazón! mi corazón se hunde
por siempre de tu amor en ese abismo...

MARIO VALENZUELA

Fragmentos de la Pastoral del Episcopado argentino

SOCIALISTAS Y JESUITAS

El decreto poniendo en vigor la disolución de la Compañía en España fué firmado el día 23. El motivo de la disolución era éste: «Profesar los jesuitas un cuarto voto—además de los tres corrientes en toda orden religiosa—consistente en jurar obediencia a un poder extranjero, es decir, al Papado».

Es interesante poner en pintoresco «pendant» esa motivación y ese decreto con algo que tiene estrecha relación con ello.

Días antes nos llegaba una circular de la II Internacional socialista, con asiento en Amsterdam, en la cual se comentaban ciertas medidas relacionadas con la táctica a emplear por el Socialismo para el logro de sus fines. Entre otras cosas, se leía esto: «Todos los partidos Socialistas afiliados a esta Internacional vienen OBLIGADOS a poner en práctica; sin excusa posible, los acuerdos que ha tomado el Comité Internacional Directivo, como expresan nuestros estatutos».



—¿Es arte del demonio o brujería
esto de escribir versos? (le decía,
no se a Calderón o a Garcilaso,
un mozo más sin jugo que el bagazo).
Enséñeme, maestro, a hacer siquiera
una oda chapucera.

—Es preciso no estar en sus cabales
para que un hombre aspire a ser poeta:
pero en fin, es sencilla la receta:
forme usted líneas de medidas iguales,
y luego en fila las coloca juntas
poniendo consonantes en las puntas.

—Y en el medio?—En el medio? Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

RICARDO PALMA

Interesante. El Partido Socialista español—que ha sido el alma de la disolución de los jesuitas—es uno de los afiliados a la Internacional. El, por lo mismo, ha hecho voto o está obligado a realizar cuanto acuerde el Directorio Socialista Internacional. En ese Directorio hay un solo español. En consecuencia, el Partido Socialista español debe obrar según le mande un poder extranjero.

Esto sabido, hay que leer nuevamente la motivación del decreto de disolución de los jesuitas, aducida por los socialistas «por haber prestado voto de obedecer a un poder extranjero».

«La política—escribió no sé quién—es la ciencia de las aberraciones y el campo que aloja a los más pintorescos anormales»

DESIGNIOS DE DIOS AL PERMITIR LAS PRESENTES TRIBULACIONES

La abundancia de bienes terrenales apaga muchas veces, en el corazón humano, el deseo de los bienes espirituales, y le mueve a contentarse con la felicidad de este mundo, prescindiendo de Dios y de la observancia de sus mandamientos.

En cambio, cuando el hombre, afligido por las tribulaciones se convence que el paraíso no está en la tierra, levanta sus ojos al cielo, se acuerda de su origen divino, ennoblece sus pensamientos, purifica sus costumbres, y busca el «reino de Dios y su justicia» esperando que el Padre celestial, según la promesa de Jesucristo, le dará «todo lo demás por añadidura». (San Mateo VI, 33).

Por eso dijo Dios, por medio del profeta Oseas: «En medio de sus tribulaciones, se levantarán con presteza para convertirse a mí». (Oseas, VI, 1).

Hagámoslo así, amados hijos. Sfrvannos las estrecheces y tribulaciones de la hora presente, para mejorar nuestras costumbres, intensificar nuestra instrucción religiosa y frecuentar las prácticas piadosas. Busquemos el reino de Dios y su justicia, Combatamos, tanto los gobernantes como los gobernados, la ola de inmoralidad que inunda los hogares, secundada por la prensa libertina, el cinematógrafo corruptor, el teatro escandaloso y la escuela materialista de donde salen generaciones sin ningún principio religioso y, por consiguiente, sin base alguna donde pueda cimentarse sólidamente el edificio de la moralidad pública y privada.

Si así lo hacemos, Dios se apiadará de nosotros, abreviará el tiempo de la prueba, y saldremos de ella gananciosos y renovados, para seguir labrando con alegría la futura grandeza espiritual y material de nuestra Patria.

Imp. EL HERALDO, Cartago